

Tampoco sigue la ruta de esta excursión. El hilo conductor de su relato es la historia bíblica, que va cobrando en las páginas de esta obra una emocionante sensación de proximidad al ser iluminada con la descripción de los paisajes en que se realizó y con la aportación de los datos de ambiente facilitados por la arqueología.

Excelente obra de divulgación la que nos brinda el docto Profesor del Instituto Bíblico de Roma, al destilar por el punto de su pluma ágil la densa erudición acumulada por muchas horas de estudio en los libros y hecha vivencia personal al contacto con la geografía del escenario bíblico. El lector no especializado adquirirá sin esfuerzo, leyéndola, un arsenal de conocimientos utilísimos para acercarse con mayor facilidad y provecho a la lectura directa del Antiguo Testamento.

S. MUÑOZ IGLESIAS

YVES M.-J. CONGAR, O. P.: *Le Mystère du Temple ou l'Economie de la Présence de Dieu a sa créature de la Genèse a l'Apocalypse* (Lectio Divina, 22). Paris, Les Editions du Cerf, 1958.

La presente monografía de Congar constituye una síntesis interesante del plan salvífico de Dios, considerado desde un ángulo de vista muy original, a saber, la habitación o presencia cada vez más íntima de la Divinidad en medio de los hombres. «Como toda la Economía salvífica de Dios, que ella traduce bajo uno de sus aspectos más profundos y dilatados, esta presencia de Dios entre los hombres progresa hacia una meta definida que se caracteriza por la máxima interioridad. Sus etapas son las etapas mismas de la «interiorización». Ellas van de cosas a personas, de contactos pasajeros a una presencia estable, de la simple presencia mediante la acción a la donación personal, a la comunicación íntima y al goce apacible de una comunión. Su frase final es: «Dios todo en todos». Estas palabras del propio Congar resumen perfectamente toda su obra. Ella constituye, en efecto, la historia de la presencia de Dios a través de las distintas etapas de la Revelación. Se divide en dos grandes períodos: a) la presencia de Dios en el A. T., y b) la presencia de Dios en el N. T. El autor muestra su preocupación constante por resaltar el ritmo ascendente de la presencia divina.

En cinco capítulos divide Congar la historia de la presencia de Dios en el A. T.: I. *Epoca patriarcal*: La presencia de Dios se traduce aquí en unos términos de ritmo constante. Dios *se aparece e interviene* en la vida de los patriarcas; éstos, a su vez, *encuentran* a Dios en tal o cual punto donde levantan su tienda; aderezan una estela o un altar y allí invocan a Dios y le ofrecen sacrificios. Siquem, Betel, Bersabé (págs. 15-19). II. *Exodo*: En tiempo del Exodo y Moisés la presencia de Dios va ligada generalmente a *la Nube, la Gloria, la Tienda de reunión, la Morada, el Arca (Tienda, Morada) del testimonio*; el autor analiza brevemente estos términos para concluir con las características de la presencia divina en el estadio mosaico tal como las ha visto la tradición posterior (2-134). III. *David-Salomón*: Después del período de los Jueces, en que la preocupación por la presencia de Yavé queda en segundo plano, vienen David y Salomón. Llevado David de su fervor religioso y también por motivos políticos quiere levantar un templo al Señor. Este le contesta: «No serás tú quien me levantes una casa

a mi, seré yo quien te la levante a tí». De este modo, Dios se ligaba para siempre con la familia de David y promete una presencia activa y soteriológica en medio de su pueblo. La presencia que Yavé promete a David está orientada pro la tradición profética hacia el futuro mesiánico. Salomón levanta a Yavé un templo de piedra y ello significa que esa presencia y habitación divina en medio de los hombres no será meramente «espiritual», sino que irá asociada a algo material (35-72). IV. *Profetas*: Asociada la presencia de Yavé al templo de Salomón, fácilmente iba perdiendo eficiencia teológica para convertirse en una presencia inoperante y cultural. Contra este escollo reaccionan enérgicamente los Profetas, haciendo resaltar las exigencias morales y espirituales del culto, así como la presencia activa de Yavé, ligada al reinado efectivo de Dios en el corazón de los hombres (73-101). V. *Judaísmo*: «La presencia de Dios en medio del pueblo gira en el período postexílico en torno de los templos de Zorobabel y Herodes. La piedad separatista judía siente vivamente la presencia divina; una presencia que radica en el Sancta sanctorum y que se *comunica* casi físicamente al santuario, a los atrios del templo, a todo el conjunto sagrado y, finalmente, a la ciudad santa de Jerusalén y a todo Israel. El Judaísmo postexílico se esforzaba, por otra parte, en acentuar la transcendencia divina (103-129).

Al pasar al N. T. Congar estudia en dos amplios capítulos el misterio del templo o presencia divina. I. *Jesús y el templo*: En la Encarnación y, sobre todo, con la muerte y resurrección de Cristo una nueva presencia divina se inaugura en el mundo; la antigua alianza da paso a la nueva; el templo de piedra da paso a nuevo templo: el Cuerpo de Cristo. El autor justifica estas afirmaciones a base, principalmente, de las palabras de Jesús, con motivo de la purificación del templo (139-180). II. *El cristiano y la Iglesia, templo espiritual*: Al pasar de los Evangelios a las cartas de los apóstoles se advierte un cambio de concepción; no es ya Cristo el templo de Dios, sino la Iglesia, su prolongación. No ignoran los apóstoles la verdad de Cristo como templo (Col. 2,9; Ef. 2,22; I P 2,4-8), mas les interesa resaltar esta verdad fundamental: Cristo no ha sido ni ha hecho nada para El solo; su misterio no se limita a su persona, sino que se realiza en nosotros. *San Pablo*: Los textos paulinos se alinean en un doble plano: el cristiano, templo de Dios; la comunidad, templo de Dios. *Hebreos*: Tomando como punto de partida 8,1 el autor insiste en tres puntos principales: Con Cristo ha entrado en juego un sacerdocio nuevo; a este nuevo sacerdocio responde un templo celeste que no es otro sino la comunión del pueblo de Dios, de la Iglesia con el Padre; Cristo, nuestro gran sacerdote, ha entrado como precursor en ese santo templo de los bienes futuros o comunión con Dios. *San Pedro*: El autor encuentra sintetizada la doctrina evangélica y apostólica respecto del templo en I P 2,4-10, que considera, además, emparentada con *Romanos* y *Efesios*: siguiendo la línea del Evangelio, Cristo muerto y resucitado es la piedra angular del nuevo templo que reemplaza al viejo. Asimismo, según el pensamiento apostólico, los fieles son, al igual que Cristo, piedras vivas, es decir, son templo de Dios. En la relación mutua de esas dos realidades, Cristo y los fieles, descubre Congar el plan misterioso de Dios, que es habitar en todos por uno solo.

Pudiera parecer que el templo así concebido se queda en las regiones etéreas de la vida interior personal. No es así. El templo espiritual se realiza en una forma corporal y concreta que existe en el marco de la historia, a saber, la

Iglesia. Más aún, este templo espiritual tiene su historia según venimos viendo en nuestro estudio. Habla después C. de la extensión y profundidad de la Iglesia como templo en medio del mundo.

*Apocalipsis*: Distingue dos templos, uno celeste y otro terrestre. Estos dos templos coexisten durante una parte del libro y se dan entre ellos relaciones recíprocas. A un cierto momento Juan asiste al juicio de las naciones, y la historia se termina para dar paso a un cielo nuevo y a una tierra nueva. Desde el punto de vista del templo o habitación de Dios empieza entonces una nueva situación: es cierto que junto al cielo y tierra nueva aparece la nueva Jerusalén, pero «templo yo no he podido ver en ella: es que el Señor, el Dios, Señor de todas las cosas, es su templo, así como también el Cordero» (181-275).

Con esta síntesis histórica ante la vista se traslada C. al terreno de la teología especulativa, y en un capítulo a modo de *conclusión* nos ofrece unas profundas reflexiones sobre el misterio de la Presencia de Dios. Ellas se basan en la concepción tomista de la triple presencia divina en medio de la creación: por potencia, por gracia y por la unión hipostática. Hace ver el autor cómo el misterio de la Presencia divina va ganando profundidad, al mismo tiempo que avanza históricamente (279-293).

Cierran el libro tres apéndices: I. Una *tabla cronológica* de la historia y literatura bíblica, que se fija principalmente en los hechos y textos concernientes al templo (297-301). II. *La Virgen María y el templo*: después de aludir brevemente a los pasajes evangélicos que hablan de las relaciones de María con el templo de Jerusalén, pasa C. a hacer unas reflexiones sobre los siguientes temas: a) María, templo; b) María, Arca Santa; y c) Escala de Jacob (302-309). III *Presencia y habitación de Dios en la Antigua y Nueva Alianza*. Aquí toca C. ampliamente el discutido problema de la diferencia que existe entre los justos del Viejo y Nuevo Testamento (310-342).

Según confesión del propio C. (pág. 10), él había concebido en un principio una obra más modesta y breve, pero beneficiándose de unos meses de estancia en la Escuela Bíblica de Jerusalén, aquella síntesis primera fué cobrando mayores proporciones y enriqueciéndose considerablemente en la parte bíblica. Tanto es así que ha tenido cabida en la colección *Lectio divina*, la cual se propone introducir al público preparado en la lectura de la Biblia. En este aspecto la monografía de Congar es sumamente útil y acertada, pues da una visión global de toda la tradición bíblica en uno de sus aspectos más universales y profundos. Es posible también que este viraje en el autor a lo largo de la composición de la obra haya perjudicado su unidad, sencillez y sobriedad. El mismo tema del libro, a saber, el templo o presencia divina en medio de la creación, es sumamente denso y difícil de sintetizar en sus múltiples aspectos. Esta misma densidad del tema, la facilidad con que se pasa del templo material al espiritual en sus variadísimas modalidades, el estilo un poco difuso hacen la lectura del libro un tanto penosa. Esto, sin embargo, en nada merma la riqueza doctrinal, la exactitud y precisión con que se trata la tradición bíblica. De una manera amena y fácil logra Congar introducir al lector dentro del misterio salvífico de Dios. El P. Congar no ostenta títulos académicos en el campo bíblico. Este hecho valora todavía más la competencia y la técnica con que trata la literatura bíblica.